

La memoria es un negro y caprichoso pozo del que, a veces y sin quererlo, brotan viejos recuerdos que se obstinan en permanecer desde entonces imborrables en nuestra mente. Y eso es lo que a mí me ocurre con el viejo abuelo Paco.

A pesar de la dilatada y acomodadiza nebulosa de olvido que proporciona en la memoria humana medio siglo de ajetreada vida, siempre recordaré al abuelo Paco enfermo y acostado en su destartalada cama de hierro; una cama tan vieja como él y con las mismas cicatrices que provoca el paso del tiempo; de barroco y dorado cabecero, con su perilla para la luz, alto y mullido colchón de lana y muelles chirriantes hasta la exasperación. Una cama que, a ojos de un zagal de seis años, siempre era acogedora y el mejor refugio cuando las circunstancias obligaban a huir despavorido de las caricias de la maternal zapatilla. Sabía que allí siempre encontraría el protector abrazo del abuelo Paco, al que nada importaban mis muchas trastadas, porque sentía que mi infantil derroche de energías le proporcionaba la vida que, día a día, se le escapaba.

Y nada importaba que rompiera un plato, apedreara a las gallinas o vertiera una jarra de agua sobre el brasero que tanto esfuerzo le había costado encender a mi madre; que me negara a dormir la siesta, prefiriendo escaparme con los amigos, o que sacara de sus casillas a la abuela, empeñada en curar mi enfermiza delgadez a base de tazones de pan sopado en asquerosa leche de cabra -por muy nutritiva que ésta fuera- y que siempre me las ingeniaba para echárselos de tapadillo al gordo, desvergonzado y cachazudo gato Bartolo; del abuelo Paco nunca tuve un reproche o una mala palabra y, por contra, siempre sabía dedicarme sonrisa que, aunque cargada de amargura y forzada por los muchos dolores que le corroían las entrañas, siempre sentí sincera.

Con el tiempo supe que la enfermedad del abuelo Paco no era del cuerpo, sino del alma. De ésas que no tienen cura porque el hombre nunca ha podido inventar un elixir que apacigüe su propia desgracia.

Pero la memoria, por muy selectiva que quiera ser con aquellos recuerdos perdidos en el tiempo, siempre te da una de cal y ciento de arena. Por eso nunca olvidaré la mañana de verano que llegué a la casa del abuelo Paco y sólo hallé en ella rostros circunspectos de llorosos ojos,

mujeres enlutadas que no cesaban de parlotear con fingida pena, un fuerte olor a cera quemada y a mi madre, abuela y tías llorando con desconsuelo. Quise entonces, como impulsado por una irracional fuerza infantil, correr hacia el dormitorio, pero pronto me lo impidieron y, arrastrado hasta la calle por los brazos de una caritativa señora -no recuerdo quien- tuve que oír la misma cantinela que siempre se dice a los niños: “Bonito..., el abuelo Paco ya está en el cielo, con el Señor”.

Entonces, en mi voluble conciencia infantil me quedó la desazón de no poder saber qué hubiera opinado acerca de mi intención, como la de todos mis amigos, deslumbrados por la marcialidad que hacían gala y la vistosidad de los uniformes, de querer ingresar como Flecha en la OJE de mi pueblo. Aunque, conociendo su fina y amarga ironía y sus costumbres e ideas nada gregarias, hubiera intentado hacerme desistir parafraseando a Agustín de Foxá, cuando dijo de ellos que eran “Un grupo de niños vestidos de gilipollas guiados por un gilipollas vestido de niño.”

Mis padres no fueron tan delicados quitándome la idea de la cabeza.

Pasados los años pude visitar su tumba. Únicamente encontré un humilde túmulo, sencillo y en perfecta comunión con la tierra, como había sido su persona y toda su existencia; sin mármoles que lo adornaran y sólo encabezado por una herrumbrosa cruz de hierro y una placa donde apenas podía leerse ya el nombre del difunto y las dos fechas que delimitan la vida de toda persona.

La pena me embargó y sentí entonces que era una gran injusticia que la memoria de un hombre bueno fuera borrada por la sucia pátina del tiempo y el olvido que hacía crecer la mala hierba sobre su térreo sudario. Y no tuve por menos que reconfortarme en la creencia de que sólo los hombres justos pueden reposar, carentes de remordimientos, al amor de la madre tierra y no precisar de oropeles, catafalcos o marmóreas estatuas que hagan perdurar su recuerdo.

Fueron tiempos difíciles, tiempos de una España que se convulsionaba y desangraba en luchas sociales, ideologías radicales de bomba y pistola y guerras de protectorados, los que vieron nacer y crecer

al abuelo Paco e impregnaron su espíritu de un socialismo que nunca dejó de ser moderado y crítico con todo extremismo, imponiéndose siempre en sus actos la razón al corazón. Y eso que, desde muy pequeño, en su propia casa de continuo mamó la esencia y los conceptos del proletariado y la lucha de clases de su politizado progenitor, don Dionisio, que hasta su muerte fue un recalcitrante sindicalista y un socialista, seguidor de Pablo Iglesias, hasta la médula; y que, a pesar de pecar a veces de radicalismo, era muy querido en su villa de Necedas del Tajo y en toda la comarca desde que, allá por el año 12, fundara una Caja Social, pionera en su género, y en la que todo obrero de la zona, por la módica cuota de una peseta la mes, podía ver cubiertas todas sus necesidades alimenticias y sanitarias en caso de enfermedad, accidente o pérdida de empleo. Todo un adelanto social para aquella época y aquella España.

Y, a pesar de las continuas soflamas oídas a su padre, siempre cargadas de un visceral ateísmo, el abuelo Paco fue toda su existencia un hombre temeroso de su Dios y a su manera, pues nunca le hizo falta pisar una iglesia para creer a pie juntillas en la doctrina del bien y el mal, del premio y el castigo futuro dictado por los actos realizados en esta vida. Lástima que pecara de ser un anticlerical por los cuatro costados y huyera de una sotana como si de la peste se tratara pues, en la posguerra que le tocó vivir, un sermón y una misa de vez en cuando le hubieran allanado la existencia. Pero su religión siempre fue la honradez y el gusto por modelar la madera.